

EL PORVENIR DEL ESPIRITU

Escribe: ALVARO SANCHEZ

No acierto a calificar el hecho de que los libros, como los trajes, pasado el momento de su presentación, pasen de moda. De extraordinaria importancia habrán de ser para que, transcurridos algunos años después de su publicación aún se lean y se busque en sus páginas una palabra orientadora. Bien se me alcanza que de no tratar sino de bella literatura, lo que ayer placía por interpretar con justeza las tendencias, los gustos, las emociones de la hora, sustituidos esos factores por otros, el arte al cual sirvieron de inspiración aparezca envejecido e insípido a los catadores del momento. Comprendo claramente que los libros científicos, dados los innegables progresos de las disciplinas experimentales, obras escritas apenas hace un lustro, sean para los lectores de hoy, un tanto retrasadas. Pero no me explico bien por qué libros de perenne filosofía, leídos con apasionado interés cuando fueron dados a luz, hayan caído luego, no diré en lamentable olvido, sí al menos en lastimosa indiferencia.

El profesor Lecompte du Noüy, doctor en filosofía, licenciado en derecho, doctor en ciencias, conocido ya internacionalmente por sus escritos sobre cicatrización de las heridas, edad y tiempo psicológicos, teoría de la coagulación de la sangre por el calor, por sus libros de filosofía científica como: "Crítica del conocimiento" y "Nueva teoría de la evolución", y por la invención de un aparato para medir la tensión superficial, invento que le mereció una recompensa del Instituto Franklin de Filadelfia; cuando una feliz oportunidad lo llevó a estrechar amistades con Alexis Carrel, autor de un renombrado ensayo: *L'homme cet inconnu*. El trato con el médico famoso le llevó a publicar un libro de gran significación: *L'homme devant la Science*, aguda crítica de los errores sobre los cuales pretende basarse el materialismo monista del siglo XIX.

Durante diez años —de 1927 a 1937— fue jefe del servicio de Biofísica del Instituto Pasteur. En 1938 fue nombrado director de la Escuela de Estudios Superiores de la Facultad de Ciencias de la Sorbona, cargo que desempeñaba cuando estalló la segunda guerra mundial. La fulminante ofensiva alemana que hizo caer a París, a vuelta de pocas semanas, en manos del secular adversario, tristísimo acaecimiento que sembró algo más que el desaliento, la desesperanza en el corazón de muchos: era el triunfo aplastante de la materia.

El generoso patriotismo, el arte con su esplendidez, la ciencia abnegada y silenciosa, tanto sostenido esfuerzo por la victoria del espíritu, ¿todo quedaría aniquilado bajo turbonadas de metralla y sumergido en charcas de sangre?

Hoy atraviesa el mundo una crisis semejante a la que vivió en la última guerra mundial, estamos en presencia de la victoria de la materia; no se piensa en las conquistas del espíritu sino en la conquista del espacio. Las pruebas nucleares que se repiten con desesperante frecuencia y con tan serios resultados hacen presentir una catástrofe final.

Es por lo tanto la oportunidad de reimprimir la obra de Lecomte du Noüy. Acaso la editorial Sudamérica de Buenos Aires discurrió así y tuvo el acierto de hacer conocer al mundo hispano-parlante, en cuidadosa versión *L'avenir de l'esprit*, el porvenir del espíritu.

Sin duda que todo hombre razonable debe plantearse estas angustiosas preguntas: ¿A dónde va la humanidad? ¿Cuál es su porvenir? ¿Tiene hacia algún fin? ¿Es posible que un día toda la inteligencia humana se hunda para siempre en la nada? ¿Que todos los afectos, todos los sufrimientos, todos los sacrificios, todo el heroísmo, la belleza toda y todas las virtudes no hayan sido más que un humo de pajas, accidental e inútil, del que nada quedará ni siquiera cenizas?

He aquí los apasionantes problemas que el doctor du Noüy se propone dilucidar.

La lógica pide que antes de estudiar el problema del fin se analicen los interrogantes que plantean los orígenes. ¿Cómo surgió el universo? ¿Qué edad se asigna a nuestro globo? Con dominio sorprendente acerca de las cuestiones planteadas, habla de las diversas hipótesis expuestas por los más recientes autores como Eddington, C. Belot, Roussel, Lockyer, Jean Becquerel, hipótesis diversas de la bien conocida de Laplace. Sorprende, desconcierta el ánimo del lector al informarse de los enjambres de estrellas, galaxias y sistemas estelares que pululan en el espacio inmenso; y aún se asombra y sorprende más al informarse que hay quien asigne como edad al globo unos dos mil millones de años.

El lector, aun el más ajeno a las difíciles disciplinas astronómicas, lee esas páginas, abstrusas de suyo, pero cautivadoras por el arte con que expone el exquisito autor, no diré como quien sigue un cuento de hadas, sino como quien atiende el relato de un milagro. Y milagro es, no cabe otra palabra, la creación y ordenamiento de los mundos.

Supongo que para ninguno de los lectores será sorpresa el que la doctrina de la evolución haya pasado de la categoría de hipótesis a la de tesis científicamente aceptada. No ciertamente en el sentido intentado por Haeckel, para ver de eliminar a Dios, sino, reconocida la acción creadora, para explicar el nacimiento de la tierra y las sucesivas etapas que hubo de pasar, para llegar a ser habitable. El simple sentido común nos dice que la palabra *Día* empleada en el Génesis no expresa un espacio de 24 horas, sino que significa largos periodos durante los cuales ese primer caos de materia incandescente fuese disponiendo para recibir las

simientes de la vida. Al concepto que debemos tener de la Divina Omnipotencia corresponde mejor el de un acto de la voluntad infinita que ordena ser al no ser y luego, dócil al imperio del Señor que todo lo puede, marcha al cumplimiento de los fines estatuidos por la eterna Sabiduría. Que no intervenciones sucesivas, no ya creadoras, sino organizadoras y ordenadoras, manera de actuar que hacen pensar en la de una ama de casa disponiendo la nueva morada.

Me ocurre discurrir qu algo así debieron idear los viejos pensadores cristianos cuando idearon la hipótesis, no desdeñada por el mismo San Agustín, de las "razones seminales". Dios, según esta doctrina, depositó en la materia aquellos principios que, correspondiendo con las ideas ejemplares y eternas del a divina Sabiduría, dan origen a las diversas esencias. Son verdaderas potencias (en la acepción filosófica del vocablo) que al hallarse en circunstancias o condiciones favorables, se desarrollan y dan lugar a la aparición de los seres individuales.

Esta probable semejanza entre el pensamiento evolucionista de du Noüy y el viejo pensamiento filosófico, anterior en varias centurias a la doctrina de los doctores medievales, se confirma con un texto de Darwin citado por du Noüy: "Algunos autores eminentes, parecen plenamente satisfechos con la hipótesis de que cada pieza ha sido creada de una manera independiente. En mi opinión, lo que sabemos de las leyes impuestas a la materia por el Creador concuerda mejor con la hipótesis de que la producción y extinción de los habitantes pasados y presentes del globo sean el resultado de causas secundarias análogas a las que determinan el nacimiento y muerte de los individuos. Cuando considero a todos los seres vivientes, no como creaciones especiales, sino como descendientes en línea recta de algunos pocos seres que vivieron mucho antes de que se depositaran las primeras capas del sistema silúrico, se me aparecen ennoblecidos. Hay verdadera grandeza en esta manera de encarar la vida con sus diversas potencias, atribuidas primitivamente a "un pequeño número de formas o a una sola".

Que la evolución preconizada por Lecomte du Noüy no lleve al darwinismo extremo, bien claro lo dice en el Porvenir del Espíritu: "Esto no significa que estemos autorizados para decir que el hombre cuenta entre sus antepasados a tal o cual animal de la época arquezoica, mesozoica o de alguna posterior. No tenemos ninguna prueba real de ello. Nadie cree ya que el hombre descende del mono. Pero eso no obsta a que el origen de todos los seres vivientes sea común". Planteada la evolución del mundo inorgánico, el autor entra a estudiar campos aún más vastos: la evolución de la vida. Imaginación de mago revela al autor al adelantar el relato de cómo de las algas o bacterias va surgiendo el reino vegetal y luego el animal que, al decir de Lecomte du Noüy debió evolucionar más rápidamente que el anterior. Si no estuviese para respaldar sus palabras una sobreabundante comprobación de relatos científicos, se diría que fantaseando el autor había asistido a la multiplicación de las especies.

Finalmente llegamos a la evolución del espíritu. No es dable ni siquiera imaginar que, dados los hechos anteriores, llegado un punto determinado, la evolución se detenga. "Solo nos encontramos, dice, en la aurora de la evolución humana". El hombre debe continuar el movimiento ini-

cial; mas no se piense que la evolución sea en un sentido morfológico, como si el hombre futuro vaya a estar dotado de nuevos y extraños miembros: no, la evolución habrá de cumplirse en más altas esferas. He aquí como concluye el capítulo VII de la *Evolución de la vida*: “Creo que si la evolución debe continuar en la misma dirección, es decir en un sentido cada vez más elevado, tenderá hacia el advenimiento de un ser que no conservará de la humanidad sino lo que la separa del animal y se alejará cada vez más de lo que la vincula a éste; un ser cuya envoltura física no será más que el soporte necesario para la antorcha admirable: el Espíritu”.

Hay un hecho que está por decirlo así al alcance de nuestra experiencia y que hace pensar en la realidad de la evolución síquica humana: hace cincuenta o más años se enseñaba, y no solo entre nosotros sino en la misma Europa, la física experimental solamente; y la prueba de ello son los libros de texto que pueden encontrarse en las librerías de viejo. Hoy nuestros bachilleres estudian física matemática. Unos cuantos años atrás la química se adelantaba con el estudio de las “valencias”, hoy se estudia química electrónica. En las aulas preuniversitarias, según informan, los estudios matemáticos podrían llamarse más bien “filosofía de las matemáticas”, pues no es un arte lo que se investiga sino el concepto metafísico de la cantidad, lo que constituye su eje. Hay pues a no dudarlo en la mente de las generaciones nuevas una evolución ascensional. Ojalá ese progreso y adelanto se observara también en el aspecto ético.

Dice muy exactamente du Noüy: “La vida interior del ser humano comprende una parte sentimental, que, en general, es mucho más importante que la parte racional”. Y más adelante añade. “La ciencia ha conseguido satisfacer parcialmente nuestra curiosidad intelectual, aumentar nuestro “confort, disminuir nuestros sufrimientos físicos y destruirnos con rapidez”. Además le pedimos que nos proporcione las bases de nuestra filosofía. ¿No podría darnos también un poco de esperanza? A este propósito se endereza el libro. Pues como añade luego, “para que la humanidad progrese, necesita tener fe en ciertos valores espirituales absolutos, o, al menos, estar convencida de que existen”.

Dos ideas hay en la obra, fundamentales por entero, y, a mi ver, si no por entero originales, sí expuestas de modo muy nuevo. No basta poner en evidencia el hecho de la evolución, si la evolución es un movimiento hay que decir cuál es su meta; es ilógico, acaso pudiera añadirse, indigno de la ordenación providencial, una evolución sin objeto, sin finalidad alguna. El hombre no es una unidad aislada: forma parte de un gran todo que en él y por él, pues tiene el poderoso mas peligroso atributo de la libertad, debe alcanzar su fin.

Este linaje de solidaridad universal es de transcendentales consecuencias. ¿“Cómo va a ser posible obtener del hombre una actitud moral, se pregunta luego, si está convencido de que no es sino un elemento irresponsable, estadísticamente perdido en la masa y destinado a perecer un día para siempre? ¿En nombre de qué se le podrá inculcar un sentido de responsabilidad? ¿Cómo perfeccionarlo socialmente? Es absolutamente cierto que el día en que todos los hombres llegaran a esta conclu-

sión (la irresponsabilidad del individuo) no solo la civilización se detendría por completo, sino que retrogradaría muy rápidamente, y, en algunas generaciones, volvería a un estado de elemental salvajismo”.

No son necesarias muchas y muy prolijas reflexiones para poner en evidencia la importancia de estos conceptos: el movimiento ascendente del espíritu, valioso si a la evolución de la inteligencia, acompaña el progreso moral; y la solidaridad universal, en cuya virtud, el mal proceder individual es óbice para la evolución benéfica del conjunto.

Mucha ignorancia sería el desconocer que estas ideas no son ajenas al hombre de fe. ¿Qué es la vida interior sino un adelanto no solo en el conocer sino en el servir y amar a Dios? ¿Y qué es la solidaridad universal sino un desarrollo del hermoso pensamiento de San Gregorio? Cuando el Divino Maestro ordenó enseñar el Evangelio a toda criatura, se comprende muy bien que el eco de la doctrina evangélica, llegado al hombre, llegaba por el hecho mismo a toda criatura, pues él es el personero y la voz del universo. Mas dada la indiferencia de la humanidad actual, convenía que estas verdades se inculcaran con fuerza nueva en nombre de la ciencia.

En la lucha final entre la materia y el espíritu, la corona definitiva será para el espíritu, más es preciso que el hombre consciente de sus responsabilidades no entregue sus conquistas sino que las justiprecie y adelante.
